

¿El fin de la burguesía?

Fernando Mires

En su best seller *The Corrosion of Character* introduce Richard Sennett (1998) un concepto que ya parece hacer carrera en los medios sociopolíticos: capitalismo volátil.

A primera vista el concepto de capitalismo "volátil" parecería ser un sinónimo de capitalismo "global". Pero leyendo con atención, aparece una diferencia. Se trata de un concepto más específico pues se refiere únicamente a la autonomía alcanzada por el sistema financiero mundial respecto a instancias nacionales y estatales. En ese punto hay un hilo de continuidad entre el análisis de Sennett y las tesis que una vez sostuvo Rudolf Hilferding -a mi juicio, un teórico prematuro de la globalización- quien ya en 1910 manifestaba la opinión relativa a que el capitalismo en su proceso de desarrollo, y de acuerdo a la tendencia a su creciente concentración, llevaría a una fase denominada como "capitalismo financiero", conformándose así una suerte de "superimperialismo", ya no ejercido por unas naciones sobre otras, sino por el capital sobre el propio planeta. El capitalismo, en virtud de la concentración financiera portaría en sí los genes que llevan a su propia disolución, de la misma manera que en la vida se contiene el gene de la muerte (Hilferding no era economista sino que -dato importante- médico).

Antiguas discusiones

Para Hilferding, y ésta era la deducción política de sus tesis económicas -que hicieron suya la mayoría de las socialdemocracias europeas- el socialismo estaba contenido en el desarrollo capitalista (posición que sostuvo el propio Marx). Por lo tanto, el capital financiero llevaría a una suerte de "socialización negativa" de los medios de producción. La socialización capitalista preparaba el momento glorioso de la disolución del sistema mundial. Saber reconocer ese momento sería tarea "científica" de los revolucionarios, a fin de llevar a cabo la toma definitiva del poder por el "proletariado".

En este punto no se puede sino recordar algunas de las discusiones habidas en los medios políticos de izquierda en diferentes países de América Latina durante los sesenta y comienzos de los setenta. El tema más insistente de dichas discusiones era si "las condiciones objetivas" estaban dadas para que se produjese el quiebre revolucionario. Con el correr del tiempo, y después de múltiples experiencias, pude advertir que la determinación de las llamadas "condiciones objetivas" no tenía nada de "objetiva", ni mucho menos de "científica". Era casi siempre el resultado de una relación de poder. No obstante, recuerdo también que durante ese período, un tema aparecía con insistencia cada cierto tiempo en nuestras discusiones. Ese era el relativo al "carácter de la burguesía latinoamericana". ¿Eran realmente nacionales las burguesías nacionales? ¿O eran simplemente agentes locales al servicio del capital extranjero? Los argumentos que durante los años sesenta sostuvieron los llamados "teóricos de la dependencia", parecían otorgar aval científico a esta última tesis. Y el tema no era irrelevante: si las burguesías latinoamericanas no eran nacionales, quería decir que no había que esperar a que el capitalismo estuviese lo suficientemente "desarrollado", ni mucho menos a que las contradicciones que separaban al "capital nacional" respecto al imperialista fueran agudizadas, sino que la revolución era siempre actual, como proclamaba Che Guevara desde Cuba primero; desde Bolivia después.

¿Por qué recuerdo esos momentos que a muchos lectores han de parecer curiosas antigüedades? Por una ironía simplemente: Pues, la discusión está recién siendo resuelta por los teóricos de la globalización, aunque estos ignoren el trasfondo ideológico de sus propias teorías. Dicho simplemente: de acuerdo a las teorías de la globalización, no hay ningún lugar para la existencia de burguesías nacionales. Pero, en contraste con las tesis dependentistas y guevaristas de los años sesenta y setenta, que suponían que las burguesías de los llamados "países imperialistas", a diferencia de la de los países "periféricos" sí eran nacionales, hoy en día, en la era de la globalización, supuesta "fase superior del imperialismo", no hay burguesías nacionales en ninguna parte del mundo. La burguesía se ha transformado, en virtud de su propia globalización, en una clase extranacional, extraterritorial (Sennett) espacial, intergaláctica, en fin: global. Es por eso que, sin conocer tal vez la teoría de Hilferding (o si no lo habría citado) Sennett repite, como si fuera un invento reciente, pero casi noventa años después, uno de sus principales postulados, a saber: hoy está teniendo lugar una concentración del capital sin centralización (1998 p.69). Es decir, como ya había profetizado Hilferding, el capital ha alcanzado su condición más abstracta posible: su globalización. Ya no obedece dictámenes nacionales ni estatales; es un capital deslugarizado. En consecuencia, la "clase" del capital, la burguesía, también ha entrado en un proceso de transformación y, las que ayer fueron impetuosas clases nacionales, también se han globalizado. La burguesía ya no tiene burgo.

Burguesías sin burgos

Pero burguesía sin burgo ya no es burguesía. Es otra cosa.

El burgo fue el lugar que la burguesía creó para reproducirse a sí misma. De ahí que el burgo anidara a la burguesía en su doble expresión: como habitante de la ciudad (Burger) y como artesano, industrial o comerciante (Bourgeoisie). Que casi siempre la ciudadanía económica coincidiera con la política, no inhabilita hablar de ambas como prácticas diferentes. Eran esas prácticas las que conferían vida al burgo, que sin ellas habría sido sólo lo que fue durante el período medieval: un simple castillo (Burg) rodeado de empalizadas.

Ciudad, comercio y política, eran tres "personas" distintas de una sola modernidad. La posmodernidad puede ser entendida entonces como la disolución de esa unidad trinitaria. La "clase" que substituye a la burguesía, en el período de la globalización, no es el "proletariado" (ha dicho "adios" según el texto ya clásico de André Gorz) sino otra que no tiene nombre, y lo anda buscando. Ralf Dahrendorf, conciente de la orfandad conceptual que aqueja a las ciencias sociales, decidió regresar a los momentos más primitivos de la sociología y habla sólo de "la clase de arriba" y de la "clase de abajo" (Dahrendorf 1992). Sennett, que en indirecta sintonía con Hilferding propone el concepto de "capitalismo volátil", estaría de acuerdo, seguramente, si se hablara de "un empresariado volátil", o algo parecido. No sería mala idea pues que los institutos de sociología se pusieran de acuerdo y llamaran a un "curso internacional" a fin de encontrar un nombre adecuado para "la clase dominante" en los tiempos de la globalización. Hay, empero, un sociólogo que ya se anticipó. En *Le Monde Diplomatique* Denis Duclos sugiere el nombre de hiperburguesía para designar a la "nueva clase" (1998).

La hiperburguesía

Independientemente de que hiperburguesía sea sólo una fotocopia del concepto de superburguesía que se deduce del supercapitalismo de Hilferding, más interesante que el concepto, es la caracterización de ese nuevo sector social internacional que lleva a cabo Denis Duclos. Pues, según dicho autor, estaríamos en presencia nada menos que de una nueva "formación social" que sólo puede ser entendida desde una perspectiva globalista.

El carácter de la formación social globalista estaría determinada, según Duclos, por sus sectores hegemónicos, y el más hegemónico parece ser, tendencialmente, la que él llama hiperburguesía. ¿Pero en que se diferencia la hiperburguesía de la burguesía? Hay cuatro diferencias fundamentales: la primera ya está señalada: la hiperburguesía no tiene patria. Es en cierto modo la realización póstuma de aquel dictamen que Marx avanzaba en su Manifiesto: El Capital no tiene patria. Pero los capitalistas, por lo menos, la tenían. Hoy, en cambio, los capitalistas, corriendo detrás de sus capitales, han perdido también la patria. La nueva burguesía es, en cambio, una burguesía deslugarizada.

La segunda diferencia, que parece ser decisiva para Duclos, es que la hiperburguesía ha trazado como objetivo de su existencia, la acumulación de poder en lugar de la acumulación de dinero. Pero entendamos bien: no se trata que a esa (neo)burguesía no le interese el dinero; por el contrario, le interesa tanto o más que a la antigua. Pero le interesa, fundamentalmente, como dinero-medio y no como dinero-fin. El dinero no es para ella un objeto de acumulación en sí, sino que un medio para la acumulación de poder, el que es ejercido de preferencia en organismos internacionales, donde como consejeros, especialistas, financistas, accionistas, e incluso políticos (Duclos nombra como lugar de formación de esa hiperburguesía al propio Parlamento europeo) controlan la economía mundial más por medio de redes y relaciones, que por medio de decisiones que provenían de la estructura vertical y jerárquica de las tradicionales empresas.

Podría decirse entonces, que el concepto hiperburguesía, al menos como lo entiende Duclos, representa la condensación en una "clase" de dos actividades que históricamente habían estado separadas: la acumulación de dinero como medio para lograr el poder y la acumulación de poder para lograr el dinero. Se trataría de una clase que es económica y política a la vez.

La tercera diferencia se deduce de la segunda. La nueva burguesía ocupa, para Duclos, un lugar distinto al que había ocupado la "vieja burguesía" en el proceso de producción social. El antiguo Presidente de Empresa (las empresas eran Estados dentro del Estado y a veces conformados a su imagen y semejanza) ha cedido su lugar hegemónico a sistemas de relación pública internacional. Es decir: el poder de la "nueva clase" ya no sólo es abstracto, sino que además, como también profetizó Hilferding, anónimo y, por lo mismo, extremadamente despersonalizado. A diferencia del Presidente de Empresa cuya principal función era negociar con agencias nacionales, incluyendo al propio Estado, los "sistemas de relación" operan en círculos transversales, dentro y fuera de los propios Estados al mismo tiempo. En breve: el lugar de inserción del relacionador público internacional no es la "sociedad" es, si se quiere una "sobresociedad".

La cuarta diferencia, y tiene que ver con la temática que preocupa a Sennett, es cultural: la antigua burguesía que no ocultaba su animadversión a los sectores intelectuales,

manifiesta hoy una clara tendencia a "adquirir" cultura. Y no se trata sólo de adquirir una cultura racionalista o funcional, como aprender idiomas o nuevas técnicas de comunicación. Se trata además del cultivo de nuevos estilos de vida. En cierto sentido, ese nuevo interés representa una rebelión en contra del capitalista luterano y calvinista del pasado, amarrado a una empresa lugarizada y regulada mediante un rígido control del tiempo. La nueva burguesía, en cambio, rinde cierto culto a los placeres, a la elegancia, a las ofertas turísticas, a los buenos vinos y a la gastronomía. Cuida las formas. En lugar de ser políticamente reaccionaria, tiende al cosmopolitismo y a la tolerancia. Como habita generalmente en las afueras de esas zonas de conflicto que son las ciudades, posa de multicultural y democrática; el racismo se lo deja a los "viejos capitalistas", a los sectores medios y al glorioso proletariado. Incluso, hace suyas, de vez en cuando, posiciones ecológicas e incluso feministas.

A fin de cuentas, si siguiéramos la lógica de autores como Duclos hasta las últimas consecuencias, estaríamos nada menos que frente a una suerte de toma invisible del poder por parte de nuevos sectores hegemónicos autonomizados de las relaciones de espacio y tiempo que imponía el modo maquinal (o fordista) de producción. ¿Son estos nuevos sectores, la vanguardia abstracta, anónima, interespacial de nuestro tiempo?

El problema es más complejo

Para responder afirmativamente esa pregunta habría que aceptar la noción de cambio social que maneja Duclos. Y ahí reside el problema: la hiperburguesía de Duclos, aparece poco menos que hipostasiada sobre el conjunto de las formaciones sociales que priman en sociedades modernas, es decir, es casi como un injerto que proviene de los espacios etéreos de la globalización financiera. En buenas cuentas, el edificio social del nuevo capitalismo seguiría siendo el mismo. Sólo ha cambiado el techo. Con ello, Duclos ha simplificado enormemente la noción de cambio social. Porque, si se piensa un poco más, habría que convenir, en que la llamada globalización de los mercados no es un "determinante indeterminado", ya que su formación obedece al surgimiento de procesos sociales que necesariamente la anteceden. No habría habido globalización, por ejemplo, sin el inusitado aumento de la productividad experimentado en las economías modernas en los últimos veinte años. Dicho aumento no habría sido posible sin una radical alteración en el desarrollo de las fuerzas productivas, particularmente a partir de la revolución microelectrónica de nuestro tiempo. No podríamos entender, a su vez, ese proceso de cambio tecnológico, sin analizar el significado de sectores sociales y culturales que los han gestado. Es decir, no sólo la llamada globalización produce nuevos sectores sociales, sino que a la inversa, nuevos sectores sociales impulsan al proceso de globalización. Ahora bien, esos sectores no vienen del cielo (o del infierno), sino que han nacido en el interior mismo de sociedades nacionales, vinculados con las culturas, la política y los Estados de sus respectivos países.

No es por supuesto éste el lugar en donde se ha de analizar el surgimiento, desarrollo y expansión de los sectores sociales del nuevo capitalismo. Solamente, en contra de la hipótesis monocausalista de autores como Duclos, cabe advertir que, si es que existe de verdad una hiperburguesía, es decir esa especie de burguesía interplanetaria que intenta describir, esa es una sola de las diversas apariencias que marcan el advenimiento de otro orden cultural social y económico. Porque aquello que ha tenido lugar es una transformación que no sólo opera sumativa o aditivamente, sino que afecta al conjunto de la nomenclatura social. No por casualidad se habla hoy de "un nuevo centro", activo

no sólo en la política, sino enquistado en el corazón mismo de las estructuras sociales. Ese "nuevo centro" no opera desde afuera como la supuesta hiperburguesía, sino que maneja desde dentro muchos hilos en las comunicaciones y en las relaciones sociales. No tiene, por cierto, mucho que ver con las antiguas "clases medias", por lo general desplazadas hacia "abajo", sino que más bien con nuevas élites intra, y no extrasociales. De igual modo, habría que detenerse a analizar la formación de sectores sociales más gestores que productores, entrelazados entre sí en forma de redes de las que las incluso tan alabadas ONG forman parte. Habría que analizar los diferentes segmentos que se encuentran al interior del sector de servicios, sus vinculaciones con la política, con la cultura y con la economía global. En fin, habría que mirar, no por último, hacia abajo, y escudriñar el carácter del proceso de pauperización que una vez analizó Marx y que luego abandonó, seducido por la promesa utópica que imaginó, venía del proceso de proletarización.

La formación social del nuevo capitalismo es, en efecto, mucho más compleja que aquella que dibujan autores como Duclos. Quizas la hiperburguesía de Duclos, existe verdaderamente. Pero si existe, existe más allá, o si se quiere, más acá de organizaciones internacionales como el FMI, o el Banco Mundial, o el Parlamento Europeo o la ONU.

Bibliografía

Duclos, Denis, Die internatioanle der Hyperbourgeoisie, Le Monde Diplomatique Edition versión del Tageszeitung, Octubre 1998

Hilferding, Rudolf Das Finanzkapital, Euro.Verl. Anstl., Frankfurt 1974

Sennett, Richard Verfall und Ende des éffentliches Leben. Die Tyranai der Intimitét, Fischer, Frankfurt 1993. Original: The fall of public man, Vintage Books, New York 1977